Para palabra,
Aragón

Marquina

PARA PALABRA, ARAGÓN

PARA PALABRA, ARAGÓN

Zarzuela

EN UN ACTO Y EN VERSO

arreglada de la comedia PALABRA DE ARAGONES

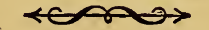
original de

D. PEDRO MARQUINA

música de

D. ISIDORO HERNANDEZ

Representada con extraordinario éxito en el teatro circo del DUQUE (Sevilla) el 16 de Noviembre de 1888.



MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA,
San Cipriano, 1.
1889

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR	Sra. Rosas.
ANA	Sta. Cisneros.
ANTÓN	Sr. Portillo.
LUIS	» Corona.
DON RUFO	» Rodríguez.
EL CHATO	» Sánchez.

ACTO ÚNICO

Patio de la casa de una Torre (casa de campo). Al fondo una gran puerta en el centro de la tápia, tras de la cual se ven los árboles de la huerta. A la derecha, escalera que conduce á los pisos superiores; á la izquierda, puerta que da paso á la cocina. Junto á la tápia un banco y sobre él cántaros y botijones. Guitarro pendiente de un clavo. De igual modo, bota vinatera; mesa y sillas de madera blanca. Sillón de vaquéta.

ESCENA PRIMERA.

EL CHATO por el foro, y luego PILAR.

MÚSICA.

Ay, María, naide acude,
no me importa, ya saldrán,
con eso tomo la sombra
con toda tranquilidad.

Yo soy del correo
Listo peatón,
y naide en el mundo
corre como yo.
Las zancas y patas
meneando así,
me paizco á las ruedas
del carro ferril.

Corre, corre Chato,
corre sin parar
que la comidica
tienes que buscar.
Bielsa ni Bargosí
qué son para mí?
no hay quien tenga dentro
más fuerza motríz.

Ganan los ministros
de onzas un montón,
sin mover su cuerpo
del grande sillón,
Mientras el cartero
andando al reló,
gana en cada carta
más de un corazón.

Corre, corre Chato, etc.

HABLADO.

CHATO. Carta canta, Pilarica.
PILAR. Para mí? (Saliendo por la izquterda.)
CHATO. Pa quién será?
si el sobre ice... ice... (Mirando el sobre.)
«Pa la siñá tía Pilar,
»mujer del tío Antón el Patas
»y tía del sacristán.
»Provincia de Montañana.
»Por Zaragoza.» No hay más.
Me paice que la carpeta
más clarica no pué estar.
PILAR. Eso sí; en lo que toca
á don Rufo, nunca habrá
equivocación ninguna.
CHATO. Pus qué es dél?
PILAR. No hay que dudar;
se marchó á Calatayud,
quince días hace ya,
á poner en escritura

la viña y el olivar...

CHATO. Pa la custión de la boda?

PILAR. Eso... y nos escribirá
dándonos cuenta de todo,
como corresponde.

CHATO. Bah!
Todo eso me paice á mí
que en nada se quedará,
porque, lo que es Ana...

PILAR. Chato,
no quieras verme rabiar.

CHATO. Rabie usté, pero no muerda.

PILAR. Ya sabes; mi primo Juan,
que fué el torrero más rico
de Montañana, dejar
á Anita quiso su hacienda
entera.

CHATO. Es mucha verdá,
pero al mismo tiempo...

PILAR. Sí,
manda que se ha de casar
con don Rufo, su sobrino,
rico también si los hay.

CHATO. Y al mismo tiempo, más feo
que medio año sin jornal.

PILAR. Y eso, qué?

CHATO. Claro; en teniendo
cuadernas todo bien va;
pero lo malo del cuento
es que no lo pué tragar
la chiquia ..

PILAR. Vaya un repulgo
de empanada, ya verás...
con el tiempo y con el roce
al fin se acostumbrará.

CHATO. A maldecir.

PILAR. Pero, indino,
qué cuidado á tí te da
que se case ó no se case?

CHATO. Otra! Pues no me ha de dar?
Lo mesmo que á toa la gente
de alredor; ella es la sal,

verbi-gracia, del distrito,
y si ustés la hacen llorar,
verá en resumidas cuentas
qué revolución habrá.

PILAR. Chato!

CHATO. Dale... con las napias.
(Llevándose la mano á la nariz.)

PILAR. Tengamos la fiesta en paz.

CHATO. O en guerra; lo que es á mí
me se importa la metá
de un abugo, porque siempre
i de dicir la verdá,
y tan í mientras que aliente
por aquí, allí y acullá,
pregonaré que á la chica
la venden como á un costal.

PILAR. Diez mil duros valen mucho.

CHATO. Más vale la libertad
y la querencia de aquí.
(Señalando al pecho.)

PILAR. Buen caldo para engordar!

CHATO. Si no juá por Dios, le daba
un estacazo.

PILAR. Animal!

CHATO. Más me paice usté gabacha
que aragonesa.

ESCENA II.

ANTÓN.—PILAR y EL CHATO.

ANTON. (Por el foro, con azada que deja á un lado.)
Eh! No armar
quimera.

CHATO. Si es más tozuda
que mi macho.

ANTON. Callarás?

CHATO. Si lo manda, aunque riviente;
á la juerza í de callar.

ANTON. Qué ha sido? Vamos á ver

PILAR. Pues nada, que este patán

no quiere que nuestra hija
se case...

ANTON. Lo dijo Blas...

PILAR. Y punto redondo.

CHATO. Güeno.
Pues lo juro, mírelas,
por éstas. (Besando las manos cruzadas.)
Si en las narices
se me pone...

PILAR. Já! já! já!
De las narices de un chato,
poco se puede esperar.

CHATO. Aura sí que me ha partido.

ANTON. Ea! Basta de charrar.
Qué te trujo por aquí?

CHATO. Su mujer se lo dirá.
Yo me voy, porque si no...

PILAR. Márchate y no vuelvas.

CHATO. Quiá!
Volveré más que me pongan
un cañón en el portal;
soy yo más bruto que quiero.

PILAR. No lo jures...

CHATO. Voto al as!
(Vase por la izquierda, renegando.)

ESCENA III.

ANTÓN y PILAR.

ANTON. Ha perdido la chaveta.

PILAR. En todo se ha de mezclar,
y yo no debo aguantar
que en mis asuntos se meta.
Lo toleras tú, y...

ANTON. Mujer...

PILAR. En eso se apoya mucho.

ANTON. Tontería! Yo le escucho
como quien oye llover.

PILAR. Ay; cuánta calma!

ANTON. Es verdad
que la tengo, no riñamos;
quién impedirá que hagamos

nuestra santa voluntad?

PILAR. Ninguno.

ANTON. Todo te inquieta
y te atosiga.

PILAR. Qué horror
de marido!

ANTON. A lo mejor
te va á dar la pataleta.
Pero aunque tanto permito,
si llego á amoscarme...

PILAR. Qué!

ANTON. En cuantico el mal te dé
de un varazo te lo quito
Yo soy más firme que un cerro,
nadie me pué menear;
lo dicho, si quiés pegar
con alguno, ahí está el perro.

PILAR. Qué chanzas!

ANTON. Es mucho cuento
que tirando po el atajo
me quieras echar la garra
por lo que no importa un ajo.
Pelea cuando estés sola,
yo por eso no me atufo,
la culpa tiene don Rufo
que te ha revuelto la chola.
Bien mentirás si lo niegas,
porque muy claro se ve;
y todo, vamos, por qué?
Porque tiene diez talegas.

PILAR. El bien de Ana con afán
busca.

ANTON. Vaya una noticia;
lo que don Rufo codicia
es la herencia del tío Juan.
A mí no me importa un pito,
ya lo sabes, su dinero;
que como güen caballero
se porte, eso necesito.
Porque, si contra mi calma
turba de mi hija el sosiego,
le pego á la hacienda fuego

y al yerno le rompo el alma.

PILAR. Indino! Eso dices, cuando
nuestro sustento nos dá?

ANTON. Otra! Miá que habilidá;
no lo sudo trabajando?
Quién hace que sus terrones
cosecha le puedan dar?
El tío Antón, que está de arar
partido por los riñones.
Conque si esta posesión
le cuido, sin emporcarme
en tantico así, (Acción adecuada.)
al pagarme,
cumple con su obligación.
Si me la quiere quitar
algún día, ná me importa,
á la larga ó á la corta,
amos no me han de faltar.

PILAR. Cállate, que ya estoy harta
de oirte!

ANTON. Pero, mujer...
miá que es mucho.

PILAR. Amos á ver
lo que dice en esta carta.
(La saca del bolsillo)

ANTON. Una carta? Pus me alegro
de esa calma, y aún dirá
que yo...

PILAR. Vamos, léela,
que á mí me estorba lo negro.

ESCENA IV.

ANTÓN.—PILAR y LUIS.

LUIS. Buenos días! (Con aire hipócrita.)

PILAR. Has venido
á tiempo.

LUIS. Sea por bien
y gracia de Dios.

ANTON. Amén.

PILAR. Tú lees más de corrido

que éste.

ANTON. Ya me la encajó.

LUIS. Siempre disputando están.

ANTON. Hombre, pero un sacristán, no ha de saber más que yo?

LUIS. Quién sabe?...

ANTON. Qué desatino!
Pal trabajo no soy zurdo.
Tú eres sabio, yo palurdo;
al pan, pan, y al vino, vino.

LUIS. No tanto, tío Antón.

ANTON. Bah!

LUIS. Yo
no valgo.

ANTON. Eres por demás
encogido.

PILAR. Dejarás
que la lea?

ANTON. Por qué no?

LUIS. Oigan, pues.
«Calatayud. (Leyendo.)

PILAR. No lo dije?

LUIS. «Junio dos...»

ANTON. Del novio.

LUIS. Guárdele Dios
(muy pronto en el ataud.)
«Querida Pilar: Segura
»la compra teniendo ya,
»hoy mismo me otorgará
»el notario la escritura.
»La viña y el olivar
»son un buen par de terrones
»y atento á sus condiciones,
»no se pueden mejorar.
»Y, pues todo felizmente
»salió como yo quería,
»llegaré á esa el mismo día
»en que leas la presente.
»Adiós, por breves momentos:
»saludo á Antón.

ANTON. Estimando.

LUIS. «Rufo Sánchez.» (Para cuándo

son los descarrilamientos?)

PILAR. Conque hoy llega?

LUIS. Es muy sencillo.

ANTON. Pues, ya se ve.

PILAR. Bien lo explica.

ANTON. Pues, y tú hecha una borrica
con la carta en el bolsillo!

LUIS. Tío Antón!

PILAR. Déjale charlar.

ANTON. Bien; pero, qué estás diciendo?
Muévete.

PILAR. Sí, voy corriendo
la comida á preparar.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

ANTON y LUIS.

ANTON. Conque, Luisico, ya ves,
se nos entra por las puertas
la fortuna.

LUIS. Ya!

ANTON. Tu tía
está loca de contenta.
Ana ya es felíz.

LUIS. Quién sabe!

ANTON. Eh! No hay quien negarlo pueda
Por un lado, diez mil duros,
viña, olivar, esta huerta,
que es la de por aquí,
y por el otro, la hacienda
del difunto que se ha muerto,
y que á tu prima la deja
si se casa con don Rufo;
conque ya ves qué frutesa!

LUIS. En siendo á gusto de todos...

ANTON. Pues no ha de ser?..

LUIS. No es que yo quiera
presumir... pero ese lazo
eterno, es cosa muy seria.

ANTON. Anica es gustosa.

LUIS. Pero,
ya ve usté, la diferencia
de edades mata el amor,
que es la condición primera
para dos almas que, unidas,
han de vivir en la tierra.

ANTON. Bah, bah, bah! Tú también
te paras en menudencias.

LUIS. Yo!

ANTON. Lo que dice tu tía;
el roce cría querencia,
y aunque hubiera algún aquél,
amos, alguna quimera,
eso no le hace; nosotros
estamos siempre de gresca,
y ya tú ves, de seguida
se pasa la ventolera,
y tan amigos como antes,
se da un abrazo, y... etcétera.

LUIS. Por mi parte, puede hacer
aquello que más convenga:
solamente sentiría
que Ana, que es tan hechicera,
tan honrada, tan prudente,
tan dulce, tan placentera,
tan digna de ser querida...

ANTON. Só!! Que te desbocas!

LUIS. Pueda
malograr su porvenir
por una ciega obediencia.

ANTON. Me paice que esa oración
no la dices en la iglesia.

LUIS. Con eso no falto á Dios...
líbreme el cielo.

ANTON. Así sea.
(Si será un santo fingido!)
Pero, en resumidas cuentas,
si mi hija no quié casarse,
que no se case, y pacencia.

LUIS. Así debe usted portarse,
pues la religión ordena
no quitar la voluntad

en cosas de transcendencia
tan grande.

ANTON. (Uy! Qué va á que el chico
está enseñando la oreja!)
Pues que se explique, y en paz;
lo que es como ella no quiera,
juro, á fe de aragonés,
que yo no he de hacerla fuerza.

LUIS. Si usted me da su palabra...

ANTON. Por dada.

LUIS. Pues sin violencia
yo lograré que confiese...

ANTON. Pero, á tú, qué te interesa?

LUIS. Al fin y al cabo es mi prima.

ANTON. Pues! Y...

LUIS. Detenga la lengua.

ANTON. Bien! Ya mi palabra he dado,
salga el sol por Antequera.
(Me habré de golver espía
por mucho que me dé pena.)
Conque, Luisico, echaremos
un trago pa emprencipiar
á olvidarnos de estas cosas.

LUIS. No, gracias.

ANTON. Ven voto al as!
que hoy saco de mi bodega
el vino más prencipal
del imisferio español.

LUIS. No le quiero contrariar.
(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI.

ANA, saliendo por el foro con un canastillo en la mano. Después ANTÓN y LUIS.

MÚSICA.

Tan bella mañana,
tan hermosa flor,
aumentan la pena
de mi corazón.
Ellas de la brisa

gozan á placer,
mientras que las penas
matan mi querer.
Estas frutas lozanas
que á casa traigo,
para mis ilusiones
son fruto amargo.
Pues bien se ve,
que si Luis no las coge
se vuelven hiel.
Pero aún puedo una esperanza conservar
en las manos de la Virgen del Pilar,
á los ecos de mi rezo atenderá,
y en placeres mis dolores trocará.

HABLADO.

(Salen Antón y Luis.)

ANA. Padre... Ah! buenos días, Luis.
(Reparando en él.)
LUIS. Buenos.
ANTON. (Se ha quedado parada
y se ha puesto colorada;
digo, si es grano de anís.)
Amos á ver, qué te pasa?
LUIS. Tal vez seré causa yo...
ANA. No tal; pero como nunca
aquí te solemos ver
tan temprano...
LUIS. El padre Andrés
marchó á decir un sermón,
y no habiendo ocupación,
aquí me arrastran los piés.
Mi único placer profundo
es vuestro afecto y á él vengo,
como es natural, no tengo
otra familia en el mundo.
Si llegué á ser sacristán,
por tu madre lo he logrado,
y de ese modo alcanzado
ganar un trozo de pan,
y anhela el pecho, sincero,

saludar esta morada,
como el ave á la enramada
que oyó su canto primero.

ANA. Gracias.

ANTON. (Bien lo parla el chico.)
Si la cardelina es fina,
bien canta la cardelina;
pero tú tienes buen pico.
Asina, pues, no hallo raro
que acomparándole así
vengas á cantar aquí,
porque no estás mal pajaro.

ANA. Solo de ese modo acierto
á agradecer tu afección.
(Saca del cestito un melocotón y se lo da.)

LUIS. Gracias! (Lo guarda.)

ANTON. Un melocotón?
(A que se me vuelve injerto?)

LUIS. (En mi pecho el volcán arde
del amor.)

ANA. Por la mañana
no hay dádiva más lozana.

ANTON. Pues, qué será por la tarde!

ANA. Es verdá. (A Antón.)

ANTON. Yo *quí* de *icir*?

ANA. Para usté otro.

ANTON. (Pobrecita!)
Zalamera, quita, quita, (Sin tomarle.)
que ya te veo de venir.

ANA. Vamos, no sea usté loco,
ó voy á enfadarme... tenga,
padrecito. (Con mimo.)

ANTON. Venga, venga,
no riñamos por tan poco.
(Lo come de dos bocados.)

ANA. Dónde está mi madre?

ANTON. Ahí fuera,
en la cocina.

LUIS. Ya exceso
es tu bondad.

ANTON. Ahí va el hueso,
(Tirándolo á la puerta del foro.)

voy á echar la barredera.
(Al tiempo de tirar el hueso da con él á don Rufo, que sale seguido de El Chato, con equipaje.)

ESCENA VII.

ANTON.—LUIS.—DON RUFO.—EL CHATO y ANA.

RUFO. Ay! Vaya un recibimiento!
ANTON. Don Rufo, jué sin querer.
ANA. Ah! (Al ver á don Rufo, con disgusto.)
Qué es eso? (Reponiéndose.)
CHATO. Qué ha de ser!
Una ición, pues, de jumento.
ANTON. Más que tú!
CHATO. Por vía é Dios!
RUFO. Silencio!
CHATO. Pus que no empiece.
ANA. Vamos, Chato. (En tono de vulgo.)
RUFO. Me parece
que os llevais poco los dos.
ANTON. No, pues...
RUFO. Basta ya de riña!
ANTON. Como por ahí, ya se ve,
no creí que entrase...
RUFO. Entré
por la parte de la viña.
ANTON. Ya!... Descanse. (Le acerca el sillón.)
CHATO. (Dejando la maleta.)
Hola, sotana!
(Viendo á Luis.)
Tú po aquí!
LUIS. Pues no lo ves?
RUFO. Pregunta de aragonés...
Ven aquí, rosa temprana. (A Ana.)
ANA. Señor! (Acercándose.)
RUFO. No te alegra el verme,
cuando mi esposa á ser vas?
ANA. Yo...
RUFO. No te vuelvas atrás.
CHATO. Amos, no pueo convencerme.

RUFO. Tal frialdad no esperaba.
ANA. Ve usted en mí alguna cosa
que le enoje?
RUFO. Bien, hermosa!
CHATO. A que se le cai la baba!

ESCENA VIII.

ANTÓN.—PILAR.—LUIS.—DON RUFO.—ANA y EL CHATO, que se ha sentado á beber.

PILAR. Otrá! Usted aquí y no me avisan;
vaya un lance!
RUFO. Pilar, ven
á darme un abrazo.
PILAR. Vaya.
ANTON. Si yo lo permito.
PILAR. Eh,
tonto! (Rechazándole, abraza á don Rufo.)
ANTON. Pues esta es más negra!
RUFO. Ella ya está asegurada
de incendios.
ANTON. Bien podrá ser
que sea; pero aseguro
que yo no lo juraré.
PILAR. Hablador!
RUFO. No haya quimera.
CHATO. Sería milagro.
RUFO. A ver
si tú haces el de callarte.
PILAR. Tan deprisa no esperé
que viniera.
RUFO. El mismo día
de escribirte tomé el tren.
PILAR. Es que viene hecho un buen mozo.
RUFO. Siempre lo he sido, mujer.
CHATO. (Lástima que se haiga muerto
su agüela!)
RUFO. Me cuidé bien
por allá.
PILAR. Mejor cuidado

pienso que estará después.

RUFO. Ya entiendo.

PILAR. Pero tú, chica,
qué haces? Estás en Belén? (A Ana.)
(Ana y Luis, que ha sacado un libro de oraciones y leé sentado á un lado, no dejan de mirarse de cuando en cuando; el Chato ha tomado la guitarra y la templa por lo bajo.)

ANTON. Como tú te lo hablas todo,
la pobre muchacha, pues,
tiene que estar hecha un palo
y baza no pué meter.

PILAR. Bueno, bueno, no riñamos;
ahora, es preciso que usted
tome un bocadito, asina
se abren ganas de comer.

RUFO. Vamos allá. (Levantándose.)

ANTON. Al emparrado.

RUFO. Eso...

ANTON. Mientras subiré
á su cuarto la maleta.

PILAR. Y la fruta?

ANA. Ahí está. (Dándola el canastillo.)
supongo que será buena?

ANA. De la mejor que encontré
en la huerta.

RUFO. Si es cogida
por tí, de fijo ha de ser
manjar de gloria.

LUIS. (Los celos
me dan tormento cruel!)

PILAR. Ve á buscar agua á la fuente; (A Ana.)
y tú, Luis, espérate
con el Chato, porque quiero
que comais aquí también,
para celebrar la vuelta
del amo.

RUFO. Pero, mujer,
cuándo voy á ser tu yerno?..

PILAR. Soy á la costumbre fiel.

ANTON. Ea, no gastar palabras.

RUFO, Vamos.

ANTON. Luego duerme usted
la siestica del carnero,
y tan guapo.

RUFO. Hasta después.
(Vanse Pilar y don Rufo por la izquierda.)
Anita... me tienes loco!

CHATO. (Habrá tío Matusalén!)

ANTON. Chato, agarra la boteja
y á por agua!

CHATO. Sí, lo haré,
que entre una moza y mozo
me toca á mí obedecer.

ANTON. (Asina los dejo solos
y toico lo sabré.)
(El Chato se cuelga la guitarra, toma la boteja, metiendo los dedos de la mano izquierda por una cuerda que aquella tendrá en el asa, pará poder salir tocando. Antón sube á la habitación de la escalera con la maleta y luego asoma á la barandilla, según indica el diálogo.)

MÚSICA

CHATO. (Cantando.)
«Luego voy á fenecer,
»ya se mo acerca la muerte;
»maldita sea la suerte
»que me roba tu querer.» (Vase.)

ESCENA IX.

LUIS y ANA. ANTÓN en el corredor.

LUIS. El alma que bulle.
en esa canción
viene á ser suspiro
de mi corazón

ANA. El alma segura
tengo en el amor
y de ello es mi pecho
la prueba mejor.

LUIS. Me diste palabra

delante de Dios,
me dijiste que uno
seríamos dos.

ANA. Te dí mi palabra
que vale por dos
como valen juntos
Jesucristo y Dios.

LUIS. Pero ahora que un rico.
te viene á buscar
ves que vale el oro
más que un tierno afán

ANTON. Lo que icen los chicos
me lo pensé yo;
no í dicho que sí
pero digo nó
se han dao la palabra,
y otra, que ridiós
por lo mesmo agora
se juntan los dos.

LOS TRES

ANA. Pero sí no quieres
mi amor conservar
con palma al sepulcro
me habrán de llevar.

LUIS. Me diste palabra, etc.

ANTÓN. Lo que icen los chicos, etc.

HABLADO.

ANA. Viertan tus celos la esencia
con la que tus penas labras;
yo no siento su influencia,
porque sé que esas palabras
no brotan de tu conciencia.

LUIS. Celos yo?

ANA. Tan infundados,
que el perturbar tus sentidos,
no taladran mis oídos.
Cómo han de ser castigados
delitos no cometidos?

LUIS. Lo son, aunque te taladre
mis palabras escuchar.

ANA. Pues mientes así al pensar.
ANTON. (Bien, mu bien, no pues negar
que eres hija de tu padre.)
LUIS. Loco al fin me volverás.
ANTON. (Es un cobarde, se ve)
LUIS. Nunca te faltó mi fe.
ANA. Pues díselo á los demás,
que yo de sobra lo sé.
Oye, Luis, y no te asombre
que así te llegue á vencer;
yo dijera mi querer,
pero cuando calla el hombre
no debe hablar la mujer.
ANTON. (Chúpate esa; es un tesoro.)
ANA. Cederé si llega el caso,
por más que al pensarlo lloro;
pero nunca daré un paso
que no dicte mi decoro.
ANTON. (Bien.)
LUIS. No dejaré de hablar
claramente si, constante,
no me has dejado de amar.
ANA. Yo amor te juré delante
de la Virgen del Pilar.
A un juramento que encierra
testigo de tal valor,
no faltamos, con honor,
ni vosotros en la guerra,
ni nosotras en amor.
Juzga, pues, de qué manera
será inútil que me impongan
el que yo olvidarte quiera.
No ha de ser aunque me pongan
la muerte por cabecera.
ANTON. (Anda, anda, y qué juerte:
la chica tiene más brío
que un carro-ferril.)
LUIS. Bien mío!
ANA. Y me vengará la muerte
si me quitan mi albedrío.
ANTON. La muerte! No quiero oir más!
(En voz alta.)

ANA. Padre! (Antón baja corriendo la escalera.)
ANTON. Eso no hay quien lo coma;
muy dequivocada estás.
ANA. Y cómo evitarlo?
ANTON. Toma,
porque no te casarás.
ANA. Me prometes...
ANTON. Pues es llano.
Vaya unas chanzas pesadas!
LUIS. Mas mi tía...
ANTON. Será en vano:
primero empriendo á patadas
con todo el género humano.
LUIS. Nunca esperé dicha igual.
ANA. Ni yo soñé tal delicia,
cuando más temía el mal.
ANTON. No me haces una caricia?
ANA. Ah, sí! (Arrojándose en sus brazos.)
ANTON. Ven, terrón de sal.
Fuera penas, y á vivir;
acércate tú, garduño.
Ves, ya no se quié morir.
Ahora sí que pués decir
que me la has jugao de puño.
Todo lo has güelto al revés.
Güeno el partidico ha estao.
ANA. Pues vuélvase usté.
ANTON. Otra, pues,
golverme cuando lí dao
palabra de aragonés?
LUIS. Muchas gracias.
ANTON. Es tontuna
pensar en eso, güena moza.
PILAR. Ana.
ANTON. Tu madre! Ahora goza,
y luego va á haber aquí una
que ni el sitio é Zaragoza.

ESCENA X.

LUIS.—ANTÓN.—ANA y PILAR.

PILAR. Pero, hija, qué calma es esa?

Y el agua?

ANTON. Qué! Si ha ido el Chato
por ella. Y don Rufo?

PILAR. Há rato
se durmió sobre la mesa.

ANTON. Entonces, á qué esas prisas?
Ir á ver (A Ana y Luis.)
si está llenando
aún ese hombre.

PILAR. Vas rezando? (A Luis.)

ANTON. Ya te lo dirán de misas.
(Vánse por el foro Ana y Luis.)

ESCENA XI.

ANTON.—PILAR.

PILAR. Ay qué fatiga! Eso es ya
pasarse de santurrón.

ANTON. Otra! Tú tienes la culpa;
por hacerle un gran favor
lo encajastes en la iglesia
de pronto, quieras que no,
y el chico se ha acostumbrado
á estar siempre en oración.

PILAR. Hombre, pero tanto y tanto,
ya es un fastidio.

ANTON. Mejor;
deja que rece por todos,
y nos ponga bien con Dios,
que es lo que necesitamos.

PILAR. Eso tú.

ANTON. Venga otra coz.

PILAR. Qué lástima que no tengas
en la lengua un sabañón!

ANTON. Me quieres regalar uno
haciéndote falta dos.
De que no eres cicatera
esa es la prueba mejor.

PILAR. Todo lo tomas á risa.

ANTON. Pues í de ser tan melón,
que porque á tí te se ponga

en la chola, vaya yo
á darme, sin más ni más,
contra un canto un coscorrón?
Y luego, que cavilando
conforme manda el Señor,
toparas con que no í dicho
ningún aquel sin razón.

PILAR. Volvemos á las andadas.

ANTON. Y no arreculo.

PILAR. No?

ANTON. No.

PILAR. Me emplumen si hay un tozudo
más grande en todo Aragón.

ANTON. Miá tú que falta me has puesto
con arrojarme esa flor;
por sostener la verdá
nenguno se esbarrizó.

PILAR. Bah, chico, déjame en paz!

ANTON. No me da la gana.

PILAR. Adiós.

(Haciendo ademán de irse. Antón la detiene por el brazo.)

ANTON. Quieta! Quien manda, manda, y
cartuchera en el cañón.

PILAR. Pues revienta de una vez,
ya que eres tan hablador.
Qué pecado he cometido
para decir...

ANTON. Se acabó
de tantas contemplaciones;
cumpliré mi obligación
como honrao, como fuerte,
y como padre que soy.

PILAR. Ah! Se trata de la chica.

ANTON. Eso mesmo, en conclusión.

PILAR. Si adivino por qué sea,
me falte la luz del sol.

ANTON. En cuantico que lo sepas
te va á dar un torozón
de rabia.

PILAR. Ya lo veremos.

ANTON. Y tanto!

PILAR. (Por qué me dió
el cielo semejante hombre!)

ANTON. Ojo, oreja y atención.
Me preguntas qué pecao
has cometío? Uno atróz.
A poco tiempo que el cura
por el cuelló nos ató
con aquella sabanica
que no tiene remisión,
comenzaste á sacar
los piés de la alforja.

PILAR. Oh!

ANTON. He dicho que oigas y calles.
(Ademán brusco.)

PILAR. Me has de pagar esta acción!

ANTON. Ví entonces que la avaricia
por de enmedio te agarró,
y que tienes los dineros
adrento del corazón
apegaos, como á las cartas
los ojos el jugaor.

PILAR. Quien sabe ahorrar, en el arca
siempre se encuentra un rincón,
pa cuando está sin qué hacer
ú enfermo el trabajador;
conque, si eso es un pecado,
venga Dios y véalo.

ANTON. Santo y muy bueno que se ahorre,
eso á nenguno ofendió;
pero convertir el ahorro
en un vicio asolaor
en perjuicio de los otros,
naide por güeno lo dió.

PILAR. Qué perjudico?... Y á quién?
Dílo pronto, charlaor.

ANTON. Pues na menos que á tu hija.

PILAR. Mentira!

ANTON. Ya la soltó,
como siempre.

PILAR. Pues es claro.
Qué mejor contestación
tengo de dar á ese insulto?

ANTON. La verdá nunca insultó.
PILAR. Esto más?
ANTON. Como el demonio,
siempre agudo y tentaor,
en cuanto te descuidaste
por el moño te agarró,
do cuadernas te habla, y sólo
oyes su conversación.
PILAR. (Yo rabio.)
ANTON Pedro Botero
brinca como un bailaor,
preparando la caldera
que te ha de golver tizón.
PILAR. Calla!
ANTON. En resumidas cuentas,
la codicia te empentó,
y á tu hija quiés enganchar
con un viejo setentón,
que no le pué dar un chavo
de eso que llaman amor.
PILAR. Es el amo, y si te escucha...
ANTON. Me se da un melocotón;
porque en resumidas cuentas,
ya que este oaso llegó,
á la corta ú á la larga
imos de armar la junción;
y ya veremos quién puede
mandar aquí más que yo.
PILAR. Pero, llegará á entenderse,
por qué así de sopetón,
lo que ayer tomaste á bien
te parece tan mal hoy?
Vamos, respóndeme pronto,
si sabes.
ANTON. Otra, qué Dios!
Porque aquí too al revés
pasa, que siempre pasó.
La madre es el asoluto,
y el padre el libertaor.
Ana dice que se muere
si la enganchan de rondón
con el viejo, y ese dicho

me ha sonao como el tambor
de los que llevan al palo
los curas, en prucisión.
No quió se muera mi hija,
que bastante me costó
en darla á luz y criarla
con toitica perfección
en la ciudá pa que juera
menos bruta que los dos;
y aunque tuviera don Rufo,
miá tú si es comparación,
más onzas de oro que cogen
en el redoncho del sol,
¡voto al as, que con el viejo
no se ha de casar, ridiós!
(Vase por el foro.)

ESCENA XII.

PILAR.

Pues esto sí que tiene alma.
Qué hacer? Y yo que creía,
tonta de mí, que tenía
mi marido tanta calma!
Y no tan fácil se entrega,
pues es duro como un canto;
por más que me quiere tanto
si hablo un poco más, me pega.
Cuando entre afanes prolijos
busqué vejez descansada.
todo al suelo.. nada.. nada
no se pueden tener hijos.
Si miro en esta ocasión
deshecho todo lo que hice,
creo que, como él lo dice,
me va á dar un torozón
de desazones..

ESCENA XIII.

PILAR y DON RUFO, izquierda

RUFO. Pilar!
PILAR. (Ay! El amo!)

RUFO. Como un tonto
me he dormido.

PILAR. (Por lo pronto
mejor es disimular.)

RUFO. Y Anita?

PILAR. A buscar al Chato
que hace una hora se marchó
por agua.

RUFO. Y aún no volvió?

PILAR. Pronto vendrá, no se espante.

RUFO. Si alguna ocurrencia extraña
sucediese...

PILAR. La acompaña
su primo, y eso es bastante.

RUFO. Su primo! (Con recelo.)

PILAR. Pone mal gesto
por lo que digo?

RUFO. Sí, á fé.
Pilar, yo no sé por qué
me ha sido el primo indigesto.

PILAR. Le da celos? Buena gana!

RUFO. En la experiencia me fundo.

PILAR. Si Luis no tiene más mundo
que el breviario y la sotana.
Estas son sus alegrías
y su constante desvelo.

RUFO. Así dicen, pero el cielo
nos libre de letanías.

PILAR. No le conozco á su edad
ni una novia, ni el exceso
más pequeño.

RUFO. Pues por eso,
por cuestión de novedad.

ESCENA XIV.

DON RUFO viendo á ANTÓN que entra por el foro.

RUFO. Hola, Antón!

ANTON. (De siguida
á rematar, ya que estoy
decidío.)

PILAR. (Tiemblo.) Voy
á dar vuelta á la comida.
(Vase por la izquierda.)

RUFO. Te veo muy cabizbajo.

ANTON. Algo.

RUFO. Qué te hace sufrir?

ANTON. Pues, lo que le voy á icir
me cuesta mucho trabajo.

RUFO. (Qué será?) De cualquier modo,
sabes que no he de enojarme;
tranquilo puedes hablarme.

ANTON. Es verdá, á Roma por todo.

RUFO. En guardia me estás poniendo,
te lo juro por mi fé;
habla pronto.

ANTON. Deje usté
que lo vaya discurriendo.
Dende que su noble mano
ampara mi ancianidá,
le debo mucho en verdá.

RUFO. Déjate de eso, y al grano.

ANTON. Señor, á espacio ha de ser,
que me sé poco explicar,
y tengo que arrodear
para no echarlo á perder.

RUFO. Qué es ello?

ANTON. Na. (Un batacazo.)

RUFO. Sé breve, te lo repito.

ANTON. (Y qué prisa tié el maldito
de recibir un trancazo!)
Deja que eche el miedo ajuera
y que añude mis razones,
porque hay algunas custiones. .

RUFO. Tu calma mc desespera.

ANTON. Eso dice mi mujer
cuando yo doy en callar;
mas, si escomienzo á empezar,
ya escampa.

RUFO. Vamos á ver,
se te ha muerto alguna yunta?
Bueno, aquí está quien la paga;
entró en las viñas la plaga?...

ANTON. (Mal perro que no barrunta.)
RUFO. Haga el señor lo que tenga
por conveniente en la tierra,
eso á mí no me da guerra,
no hay mal que por bien no venga.
Justo es que me satisfaga
cualquier pérdida; no en vano
logro de tu hija la mano.
ANTON. (Ha puesto el dedo en la llaga.)
Miusté, en el mundo, señor,
el hombre de más firmeza,
en cualquier cosa trompieza
cuando piensa andar mejor.
La mula, en vez del pesebre,
suele hallar un estacazo,
y el cazador un balazo
donde saltaba la liebre;
ansina, con claridá,
pa que too esto se acabe
ha de saber que no sabe
de la misa la mitá.
Y pues bien claro se vé
que la brevedá prefiere,
allá va... Anica no quiere
ajuntarse con usté.
RUFO. Eso es cierto?
ANTON. A no dudar,
no parten peras los dos,
por estas: (Jurando con las manos juntas.)
(Gracias á Dios,
que ya puedo resollar.)
(Respirando con fuerza.)
RUFO. Estoy soñando ó deliro?
(Ensimismado.)
Infame! (De pronto.)
ANTON. Güelva en razón.
Cayó el gato en el pistón,
y es claro, se escapó el tiro.
RUFO. Por qué esa Pilar malvada
me ha engañado? Y tú por qué
otorgaste?...
ANTON. Yo callé;

quien calla, no dice nada.

RUFO. Pilar! (Llamando con fuerza.)

ANTON. Si se arma el motín
les bato á tóos la geta
me echo al hombro la chaqueta
y no para hasta Pekín.

ESCENA XV.

PILAR.—ANTON y DON RUFO.

PILAR. Señor! (Lo que yo temía
salió al fin.)

RUFO. Ven aquí, fiera;
cómo has tenido valor
para engañarme? Se juega
con un hombre como yo
de tan inícua manera?

PILAR. Le juro á usté que ignoraba...

RUFO. Tarde la disculpa llega.

PILAR. De todo es causa ese indino.

ANTON. Yo no he sabido una letra
hasta hace un ratico, y como
no quió que mi hija se muera,
pues soy un güen padre, estamos,
í tomao su defensa,
y si tú me quiés quitar
este derecho, yo á la juerza
tendré sin más remisión
que chafarte la cabeza,
y á usté y á tó Montañana
si se me pone en la cresta.

PILAR. Y lo hará como lo dice;
sí, señor, porque es un bestia.

RUFO. Lo que yo quiero saber
es por qué, sin resistencia,
me ofreciste de tu hija
la mano, y ella la niega.

ANTON. Yo lo diré de corrido,
que las palabras se empentan
en el buche, y si mu pronto
no se arrojan por la lengua,

se hincha de un torozón,
y si más ni más, revienta.
El pío de mi mujer
no es más que cojer la herencia
del tío Juan. Eso, eso, eso!
(A un movimiento de Pilar.)
No meá la gana quc mientas,
porque eres de Zaragoza,
y mentir aquí es afrenta.
Yo no lo haré, aunque me den
en oro la Torre Nueva
y la Vírgen del Pilar
con la catedral entera.

RUFO. Conque sólo por codicia
me has causado tanta pena?

PILAR. Sólo quiero averiguar,
en medio de mi vergüenza,
cuándo has tenío ocasión
de saber que Ana no quiera
á nuestro amo por marido.

ANTON. Muy poco el decirlo cuesta,
y allá va, de pe á pa.
Hace poco rato que ella
lo desembuchó á su novio,
y yo, dende esa escalera
lo escuché; bajé enterao,
y dí palabra completa
de que no se casaría
con usté; la historia es esa.

RUFO. El novio?

PILAR. Y quién es el novio?

ANTON. Pues, Luis.

RUFO. No lo ves? Mi idea.

PILAR. Y la casarás con él!

ANTON. Otra! Pus cuando ella quiera.

PILAR. Con un pobre sacristán?

ANTON. Así nos ahorra la cera.

ESCENA XVI

PILAR.—ANTÓN—D. RUFO, sentado con abatimiento; LUIS y ANA que salen por el foro.

ANA. Hemos corrido un buen rato
por toda la huerta.
RUFO. Ya!
ANA. Pero es inútil, no está
por ningnna parte el Chato.
PILAR. No hace ahora falta saber
de ese tonto el paradero. (Con severidad.)
ANA. Madre...
PILAR. Preguntarte quiero;
acércate á responder.
LUIS. (Qué es esto?) (Aparte á Antón.)
ANTON. (Que se ha arreglao
tóo.)
LUIS. (Pero...)
ANTON. (Yo lo digo.)
PILAR. Sepamos por qué conmigo
de ese modo te has portado,
ANA. No entiendo. .
PILAR. Si no abrigaste
en ese pecho querer
al amo, debo saber
por qué no lo confesaste.
ANA. No se enoje su merced
porque se lo haya ocultado;
para ello motivo ha dado
la severidad de usted.
Porque mi revelación
no la pudiera enojar,
llevado hubiera al altar,
muerto ya, mi corazón.
Mi pecho no es insensible
de don Rufo al sentimiento;
suyo es mi agradecimiento,
pero mi amor, imposible.
ANTON. Así me gustas, valiente.
PILAR. Y tú? (A Luis.)

LUIS. Tía, yo...
PILAR. Me has dado
buen pago.
RUFO. Os habeis portado
todos bien villanamente.
Pero contra ese placer
de preparar mi ataud,
fuerza es á la ingratitud
justo castigo imponer.
ANTON. Cómo?
RUFO. Quiero poner tasa
á que mireis mi ansiedad,
y á la mayor brevedad
podeis salir de mi casa.
PILAR. Cielos!
ANA. Ay!
ANTON. Eso no es nada.
No piense usted que me pesa,
señor don Rufo, porque esa
me la tenía tragada.
Dios siempre al pobre socorre
en toos estos batacazos,
aún hay aquí un par de brazos
que levantan una torre (Mostrando los suyos.)
A otro lado á por la capa,
aún algo puedo llevar,
y con ello ir á buscar
vuestra licencia, del Papa.
Sois primos y es menester.
PILAR. Bien, ya está todo arreglado,
yo me iré por otro lado.
ANTON. Haz lo que quieras, mujer;
por mí no haiga desazones.
ANA. Padre! (Suplicando.)
ANTON. A mí eso no me trunca,
lo que me importa es que nunca
me te pongas los calzones.
ANA. Pues yo no consentiré
en esa separación;
forme su resolución
mi madre, me casaré
con don Rufo.

RUFO. Ah!

LUIS. Y yo que he sido
causa de que sus mercedes
padeciesen, dejo á ustedes;
para siempre me despido.

RUFO. Al fin voy á ser dichoso!

ANTON. Está bien, toó lo acato
y lo afirmo.

ESCENA ÚLTIMA

PILAR.—ANTON.—LUIS.—DON RUFO.—ANA y EL CHATO, con la boteja y la guitarra; deja la boteja en su sitio.

CHATO. Aquí está el Chato,
tan alto y tan poereso.

PILAR. Te se podía esperar.

ANTON. Ande por el agua has ido?

CHATO. Calle usté, si ha sucedío
el caso más singular.
El lance jué, que el tío Churra,
que es un gran bestia á la cuenta,
ha emprendío á su parienta
á palos, como á una burra.

RUFO. Es un solemne animal!

ANTON. Y con el alma muy negra.

CHATO. Sí, pero icen que la suegra
tiene la culpa del mal.

PILAR. Por qué?

CHATO. Pus bien claro es.
Ya casaron con querella;
decinueve años tiene ella
y él cumplió cincuenta y tres.
Y claro, esta diferencia
tié que traer la desunión.

RUFO. (Ah, Dios me da una lección.)

CHATO. Esto pienso yo en conciencia,
y too por los talegos.

ANTON. (El asunto viene aquí
de molde.)

CHATO. Pa obrar así

es menester estar ciegos.
(Después de una pausa en que todos están callados.)
Por qué se quedan parados?

RUFO. Y yo pretendí... qué horror!
Ana, Luis, venid!
(Llamándolos y enlazando sus manos.)

ANA y LUIS. (Al mismo tiempo.) Señor!

RUFO. Ya estais por mí desposados.

TODOS. Ah!

RUFO. Sí, por mi bien lo hago;
ya no habrá ninguna queja.

ANTON. La oveja, con su pareja.

CHATO. Boda, pues merezco un trago.

RUFO. (Acercándose á Antón.)
Tú siempre á mi lado, Antón.

ANTON. Siempre; mi dicho mantengo
y firme en él me sostengo:
para palabra, Aragón.

MÚSICA.

ANA. Si el público ha prometido
ser con nosotros cortés,
solo le pido que tenga
palabra de aragonés.

TODOS. Si el público ha prometido, etc.

ANA. Si quiere dar pruebas
de buen corazón,
vuelva á comer fruta
de la de Aragón.

TODOS. Vuelva á comer fruta
de la de Aragón.

FIN DE LA ZARZUELA.


44159